

Los cuatro Leñero

El último encuentro

José Gordon

Tres de los Vicentes Leñero llegan puntuales a la reunión. Se reconocen como si estuvieran ante un biombo de espejos. Ríen al verse. Son bastante parecidos entre sí: casi el mismo cabello plateado, las cejas arqueadas hacia abajo, los ojos sin pretensiones que crean un dejo melancólico, traicionado por las huellas de las sonrisas constantes marcadas en el rostro. Tal vez es el efecto de jugar tanto dominó en la vida.

Uno de los Leñeros, el ingeniero, tiene el mismo aire, pero sus ojos están realmente tristes. Su respiración es pesada. Observa a los otros Vicentes desde la silla en la que se atornilló veinte minutos antes de que llegaran sus otras vidas posibles.

¿Por qué no eligió la literatura? ¿Fue tal vez el miedo? De pronto entra a escena el último de los Vicentes Leñeros que tenía que llegar a la cita. Es el novelista. Se disculpa. Se le fue el tiempo en Vips, mientras escribía sobre una servilleta una idea clave para el desarrollo de su narración. Al ver a los otros Leñeros suelta una carcajada. Es como la historia de Borges del jardín de senderos que se bifurcan:

En todas las ficciones, cada vez que un hombre se enfrenta con diversas alternativas, opta por una y elimina las otras; en la del personaje de Borges, opta —simultáneamente— por todas. Así se puede imaginar, por ejemplo, a un hombre que tiene un secreto. Un desconocido llama a su puerta. Hay varios desenlaces posibles: puede matar al intruso, el intruso puede matarlo, ambos pueden salvarse, ambos pueden morir. Todos los desenlaces ocurren. Cada uno es el punto de partida de otras bifurcaciones, de una red que en un momento dado podría confluir.

Esa es una idea que obsesiona a Leñero el novelista. En el libro *La vida que se va* exploró este tema. ¿Cómo rebota en su vida la ficción que imaginó? ¿Qué habría pasado si en vez de elegir el oficio de escritor se hubiera

dedicado a la ingeniería? Leñero el novelista observa con aprehensión al Leñero que está sentado sin hablar con los demás. ¿Ese es el ingeniero? ¿Sigue existiendo?

Lo cierto es que estudió la carrera de ingeniería civil en la UNAM, pero hay un momento que genera una decisiva bifurcación, narrada con humor en el libro *Los periodistas*: en su primer trabajo le encomendaron hacer unos mingitorios; cuando estos ya estaban contruidos, los hombres simplemente no podían llegar a la altura en que fueron colocados. Leñero se dio cuenta de que lo suyo no era la ingeniería. Al mismo tiempo, le tentaba el mundo de la escritura. Era difícil tomar la decisión. ¿Qué era más digno: dedicarse a hacer instalaciones sanitarias o escribir radionovelas?

Leñero eligió el mundo de la narración de historias cuando era vergonzoso entre “los cultos” escribir estos libretos. Posteriormente, pasó al campo de las telenovelas. Junto con Miguel Sabido, Inés Arredondo, Guadalupe Dueñas y Jaime Augusto Shelley formó un grupo que se llamó Escritores Asociados. Nadie se atrevía a firmar con su nombre. Había mucho pudor. Así, escribieron la telenovela *Las momias de Guanajuato*. Leñero adquiere oficio. Todo está listo para otra bifurcación mayor.

¿NOVELISTA O CUENTISTA? ¿LITERATURA O PERIODISMO?

El narrador solicita una beca del Centro Mexicano de Escritores para escribir cuentos pero hay una equivocación: le dan la beca para novela. Leñero quería escribir unos cuentos sobre albañiles que derivaban de su experiencia como ingeniero. Ramón Xirau le dice: “Escribe como quieras y los ligas de alguna manera”. Así nace la novela *Los albañiles* que obtendría en 1963 el reconocido Premio Internacional Biblioteca Breve de Seix Barral.

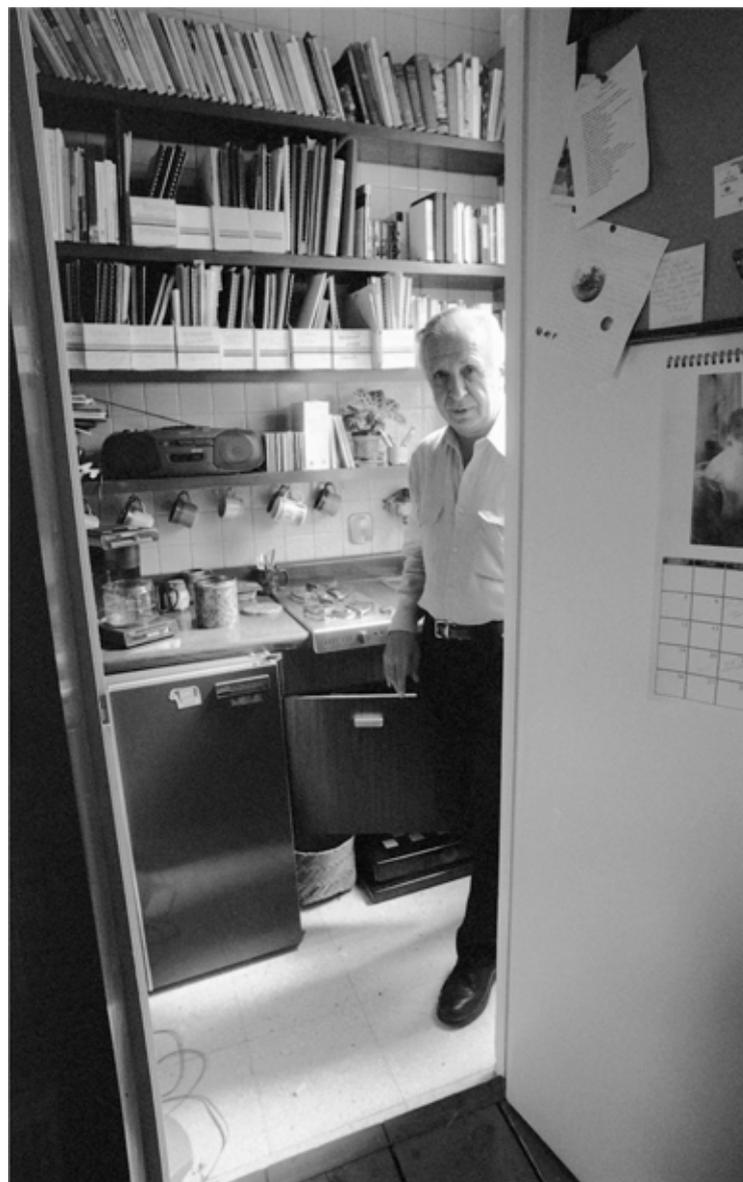
En ese camino llega otra bifurcación importante. Lo persigue el hubiera: justamente cuando hubiera querido seguir en la literatura, aparece el periodismo como otra escuela para el oficio de escribir, como tentación o alternativa. Sus inicios se dan en el semanario católico *Señal*. Más tarde, en 1965, es director de la revista femenina *Claudia*. En esa etapa escriben Ignacio Solares, Juan Tovar y Gustavo Sainz. Junto con José Agustín se divierte inventando los horóscopos de la publicación. Las crónicas y reportajes son sobresalientes.

Después de esa aventura, en 1972, a través de Miguel Ángel Granados Chapa, Julio Scherer lo invita a dirigir *Revista de Revistas*. Trabaja en ese espacio hasta que se da el golpe a *Excélsior* en 1976. Surge otra bifurcación mayor que lo llevará a la subdirección de la revista *Proceso* y a una vida profesional profundamente comprometida con un periodismo crítico y valiente. Su vida queda marcada por la intensa y entrañable amistad con don Julio.

Vicente Leñero el periodista recuerda esos días mientras observa a Leñero el novelista. Entre los que acudieron a la reunión de los Leñeros, ellos son los más parecidos. De hecho, sus reportajes, entrevistas y crónicas utilizan recursos novelísticos para hacer un dibujo más penetrante de la realidad. Una de las claves es la recreación de las atmósferas, el retrato que revela el mundo interno de su interlocutor. Al narrar una plática con Carlos Salinas de Gortari, Leñero habla de los ojos del entonces mandatario que de pronto se convierten en alfileres cuando el escritor rechaza un soborno que intenta ser políticamente sutil pero que es a la vez terriblemente burdo: “¿Qué hacemos para trascender a Julio Scherer?”. Leñero conoce el peso exacto de las palabras. Tiene el oído para registrar las intenciones sin faltar a lo puntualmente correcto.

Leñero el novelista sonrío. A veces no sabe, como en un espejo, en dónde termina él y en dónde empieza su cuerpo de periodista. El autor de novelas, como *Redil de ovejas*, *Estudio Q*, *El garabato* y *Asesinato*, abreva en la precisión que requiere el mundo periodístico. Si quiere hablar —para efectos literarios— de unos pájaros negros de Guanajuato que parecen cuervos, no descansa hasta que encuentra la palabra justa: se llaman zanates. Leñero el novelista reconoce con humildad que el mundo periodístico le permite suplir lo que podría faltarle en imaginación. No es casualidad que su exploración teatral en obras como *Pueblo rechazado*, *El martirio de Morelos* o *¡Pelearán a diez rounds!*, tenga raíces documentales. Más que inventar, Leñero el dramaturgo hace un reportaje de la realidad que, sin embargo, no deja afuera la imaginación que ya flota en la vida misma. También hay que reportearla. Lo mismo sucede en su encarnación como guionista de cine o en sus adaptaciones, como en el caso de la cinta *El crimen*

del padre Amaro. El realismo no debe dejar fuera al deseo. Eso de por sí nos pasa cuando contamos algo que nos sucedió: “Uno imagina, uno supone, uno se vuela porque hay algo incompleto en la vida”, me dijo alguna vez uno de los Vicentes Leñeros. La literatura es un testimonio de la realidad. En ese espacio cabe la crítica, la inteligencia, el humor, la pasión por el ajedrez, el béisbol y el ping pong, el ejercicio de la amistad, la bondad y las preocupaciones éticas y religiosas. Por eso los Leñeros conectan con la conciencia colectiva mexicana. Todas las posibilidades caben en la literatura. El ingeniero sonrío. Después de todo, gracias a él, a los otros Leñeros les interesan tanto las estructuras (aunque sean narrativas) y los esquemas, mapas y experimentos con estilos formalmente depurados. El rigor acompaña al arte. Las copas de los Leñeros chocan. Es hora de jugar dominó a varias manos muy parecidas. La sonrisa en todos ellos es la misma. Están en paz. Se ha cumplido una vida que sondeó los diversos registros de la escritura, de la pasión por entender y compartir con generosidad todos los mundos que nos habitan.



© Barry Domínguez